

EXCLUSIVA

Testimonio desde Hanoi

VII



A la izquierda,
un cohete soviético
antiaéreo a punto
de ser disparado
en las cercanías de
Hanoi contra aviones
USA. A la derecha,
en una sala
de conferencias,
excavada en el suelo
y protegida
por una barricada
de tierra, un grupo
de oficiales
municipales
de Phatdiem, en el
delta del Rio Rojo,
cambian impresiones
con el reportero.

VIETNAM DEL NORTE

LA VIDA EMPIEZA CADA MINUTO

por AMANDO E. DORONILA



El periodista filipino Amando E. Doronila, autor de esta crónica de un mes en el Vietnam del Norte, es ya un veterano de las crisis. Viajó a Argelia para informar a los lectores de su periódico sobre la conferencia de 1965, pero fue testigo de la caída de Ahmed Ben Bella. Lo mismo le ocurrió en Indonesia. Su estancia coincidió con la caída de Sukarno y la toma del poder por parte de Suharto. Luego estuvo dieciséis meses tras un visado que le permitiera ir a Hanoi —para conseguir este visado se trasladó primero a Yakarta, y luego, sucesivamente, a Phnom Penh, Hong-Kong y Cantón. Claro que por fin lo consiguió. Dentro ya de Vietnam del Norte, alguien le prestó un casco ruso. «Me fue tremendamente útil —dice Doronila—, sobre todo cuando llovía sobre aquellos arrozales que atravesábamos con nuestro viejo "jeep" soviético». Por su habitación en el antes famoso hotel Metropolje (ahora se llama Thong Nhat, «Reunificación»), con techo alto y tuberías al descubierto, Doronila pagaba diariamente tres dólares americanos. El alcalde de Hanoi le invitó a que volviese a la ciudad como turista una vez terminada la guerra, «es decir, dentro de veinte años». Doronila, siempre reportero, aceptó la invitación.

VIETNAM DEL NORTE

V IETNAM del Norte ha soportado durante dos años y medio el bombardeo de los Estados Unidos con la elasticidad de un bambú, doblándose, pero sin romperse, contra viento y marea. El bambú crece en frondosos y espinosos bosquecillos en todo el Vietnam, así como en todo el sudeste de Asia. Cortado del tamaño de un bastón, el bambú es el recurso tradicional del campesino asiático para transportar carga. Balanceándose sobre espaldas callosas y morenas, el bambú sostiene el material de guerra con el que el Vietnam del Norte desafía al país más poderoso del mundo.

Los americanos han arrojado más bombas (un promedio de 70.000 toneladas mensuales en 1967) sobre Vietnam del Norte que en toda la guerra de Corea. Han devastado todas las ciudades —excepto Hanoi y el puerto de Haifong, cerca del Golfo de Tonkín—. Han hecho explotar toda una serie de armas nuevas «convencionales»; la mayor pesa 1.500 kilos (la mayor que se utilizó en Europa durante la segunda guerra mundial pesaba mil) y la más mortífera esperce, al estallar, unas bolitas de acero. Sin embargo, las bombas americanas no han logrado forzar a Vietnam del Norte a tomar una decisión, como tampoco lo ha logrado en el Sur la presencia de tantos americanos.

Después de un viaje de un mes, entre agosto y septiembre, en el que recorrí 1.800 kilómetros a través de Vietnam del Norte, saqué la impresión de que los bombardeos habían endurecido, en vez de debilitar, el espíritu norvietnamita.

En Hanoi, que parece todavía una pequeña ciudad del Mediterráneo francés, los funcionarios hablan casualmente de una guerra que puede durar diez, veinte años. Un sardónico alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores me dijo: «Cuando nos vuelva a visitar, quizá tengamos que recibirle en otro sitio —probablemente en una cueva en las colinas—. Los americanos han bombardeado casi todo. Les quedan muy pocos blancos. Están llegando al fin de la escalada».

El mayor Tran Duy Hung, ex médico, delegado de mediana edad, me dijo que el régimen ha dejado de preocuparse por la capital. «Hanoi es vieja y pequeña, y sus calles demasiado estrechas —dijo Tran Duy Hung—. Hemos hecho proyectos para construir una nueva capital cuando llegue la paz. Entonces —prosigue, mirando hacia fuera—, la vieja Hanoi será solamente una reliquia histórica y cultural». El régimen repite incesantemente a la población la posibilidad de una prolongada «guerra del pueblo». La propaganda oficial glorifica la larga y victoriosa guerra contra los franceses, como queriendo decir «Lo logramos entonces contra los franceses, lo podemos lograr contra los americanos ahora».

Las ciudades han sido evacuadas de la mitad de la población. Las industrias han sido dispersadas y reducidas a veces a unidades mínimas: un hombre o una mujer en una fragua primitiva. Las escuelas han sido dispersadas entre las aldeas. Hanoi tenía más de un millón de habitantes. Ahora tiene solamente 400.000. La mayoría son obreros empleados municipales y funcionarios; algunos están en las milicias y otros en unidades de defensa. Las mesas de las oficinas del gobierno están vacías. Visité un museo en el que se exhibían principalmente reproducciones de pintura y de escultura: habían escondido los originales. Del pequeño parque y del zoológico que hay detrás del palacio presidencial sólo quedaba el armazón de los columpios. Los animales de madera sobre los que antes se montaban los niños están estropeados. Vi unos monos y cuatro grandes y nerviosos ciervos; pero la mayoría de las jaulas estaban vacías. Hanoi es una ciudad sin niños y viejos.

Numerosos testimonios evidencian que los bombardeos americanos han causado un serio descomulgamiento de la vida norvietnamita. Han trastocado las formas de transportes, industria, incluso de educación y sanidad. Han separado a los hombres de sus mujeres y a las madres de sus hijos. La mayoría de los hombres físicamente capaces han sido absorbidos por el ejército; las mujeres trabajan en las fábricas, en el campo y en la incesante reparación de carreteras y vías ferroviarias. Según las estadísticas de Hanoi, el 70 por 100 de la fuerza de trabajo agrícola son mujeres, y he visto mujeres haciendo el trabajo de hombres en arrozales, fábricas y carreteras por doquiera que he pasado.

En Hanoi la vida es dura. La ciudad se despierta con el canto del gallo. Los vietnamitas han apren-



Un nido de ametralladora en el tejado de un molino textil en Haifong. Como vemos, también las mujeres participan activamente en la defensa del país. A casi todos los hombres y mujeres útiles se les da un rifle. Los campesinos tienen siempre un rifle a alcance de su mano cuando trabajan en los arrozales; prueba todo ello del apoyo popular con que cuenta el régimen de Ho.



Después de dos años y medio de incesantes bombardeos americanos, la actitud de los norvietnamitas oscila entre el desafío y el fatalismo. Esta tierra, situada al Norte del paralelo 17, que recorrió durante todo un mes el periodista filipino Amando E. Doronila, es una tierra hundida. Los dirigentes norvietnamitas se han resignado a la destrucción total de sus ciudades y a la prolongada agonía de una guerra que puede durar todavía una década e incluso más. Los hombres y las mujeres pasan días enteros escondidos en túneles y ratoneras. Los niños de las escuelas llevan sombreros de paja de alas muy anchas que sirven para protegerlos de los trozos de metralla. Los burócratas conferencian dentro de las trincheras. La producción se logra aprovechando la fuerza motriz de pedales de bicicleta.

Al igual que a otros periodistas admitidos al Vietnam del Norte desde que comenzaron en febrero de 1965 los bombardeos americanos, a Doronila le fue mostrado todo lo horrible y trágico de Vietnam del Norte: ciudades y pueblos completamente devastados, iglesias y hospitales en ruinas, niños con cuerpos quemados por el napalm —así como una serie de héroes encargados de la defensa antiaérea, guerrilleros, trabajadores fabriles y funcionarios—, todos los cuales llevan el peso de la guerra en el Norte. «Naturalmente que también utilizaron conmigo la propaganda —escribe Doronila—. Sin embargo, me fue muy fácil separar la cruda realidad de lo meramente propagandístico. No cabe duda de que el país y el pueblo que he visto están poseídos por un fuerte espíritu nacionalista, no cabe duda de que están orgullosos de resistir la agresión del país más poderoso del mundo, y de que les anima ese valor desesperado de los que no tienen nada, si no es su vida, que perder».



Una de las armas más temidas entre las utilizadas en las guerras de Vietnam. Cada uno de estos botes de metralla, que los vietnamitas llaman bombas de "guava", por la semejanza que tienen los mismos con cierto fruto tropical, contiene unas 300 bombas del tamaño de un puño, cada una de las cuales contiene, a su vez, unos 400 "perdigones".

Niños de una escuela de párvulos provisional situada en un pueblo a 20 kilómetros de Hanoi, camino de los refugios durante una práctica de alarma antiaérea. Llevan sombreros de paja especialmente trenzados —cascos primitivos contra las bombas de "guava"—. Las maestras de este tipo de escuelas son, al mismo tiempo, "baby-sitters", enfermeras y nodrizas. Los niños son, o bien huérfanos de guerra, o tienen a sus madres trabajando en la producción o en la defensa de Vietnam del Norte.



VIETNAM DEL NORTE

dido que es arriesgado aventurarse por las calles entre nueve de la mañana y cuatro de la tarde, que es cuando el cielo está más límpido. Por lo tanto, las tiendas abren en Hanoi a las seis y cierran a las diez. Después del largo descanso del mediodía, que se dedica a dormir y a descansar, vuelven a abrir a las cinco y se llenan hasta las diez de la noche. Las oficinas —especialmente las públicas— han ajustado su horario de trabajo a los peligrosos vuelos de los aviones. Por la mañana trabajan de 6 a 10,30; por las tardes de 2 a 6.

Los pocos cines que todavía funcionan tienen prohibido vender más de 500 entradas en cada una de las dos funciones de la tarde que les permiten. La Ópera de Hanoi —un edificio adornado, diseñado según la Ópera de París— está cerrada. La orquesta sinfónica de Hanoi, al parecer realmente notable, de cien instrumentos, ha sido dispersada en pequeños conjuntos que tocan en los pueblos en algunas ocasiones. La buena música clásica es, según parece, algo que los intelectuales de Hanoi echan tristemente de menos. Mi guía, un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, tararea sin cesar composiciones de Mozart y Bach de memoria.

Estuve en Hanoi durante la celebración —anticipada tres días— del XXII aniversario de la Declaración de Independencia de Francia. Eso ocurrió el 2 de septiembre de 1945. Este año se celebró el 30 de agosto para evitar cualquier contratiempo. Toda la dirección del buró político del Partido de los trabajadores del Vietnam y el régimen nacional se reunieron en el salón de sesiones de la Asamblea Nacional, próxima al Palacio Presidencial, mientras sobre el tejado del edificio una batería antiaérea escudriñaba el cielo.

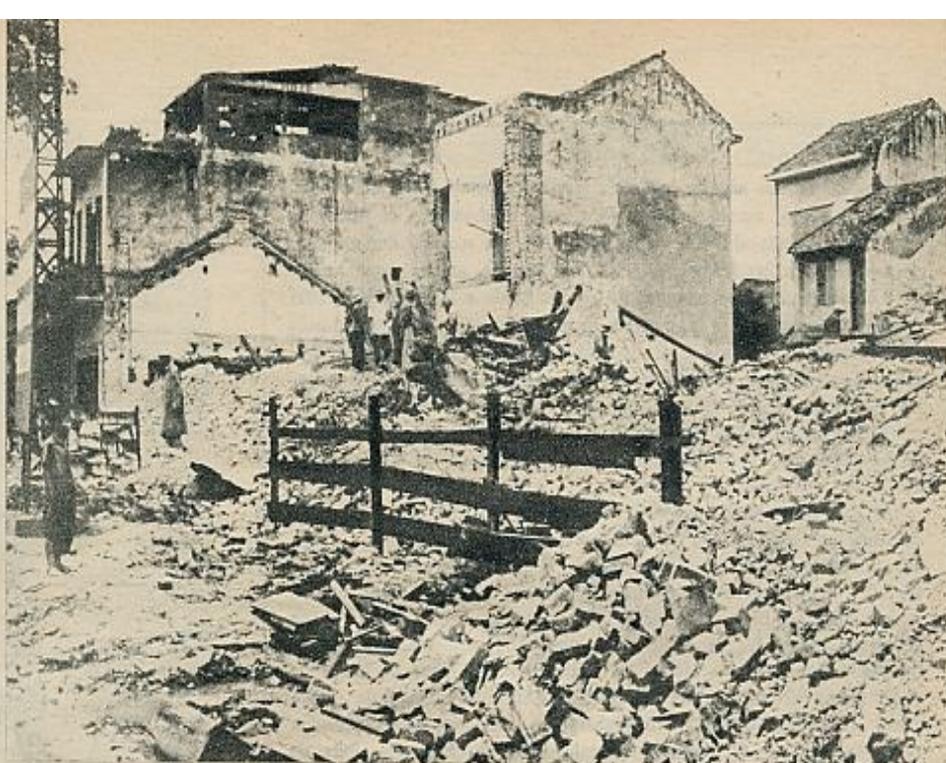
Hay un promedio de tres alarmas antiaéreas al día en Hanoi, pero hay más en Haiphong. La radio da una prealarma cuando los aviones americanos son divisados a 60 kilómetros de la capital. Y las sirenas dan la alarma si los intrusos prosiguen su penetración. Las aceras de Hanoi tienen refugios subterráneos muy pequeños, madrigueras individuales de cilindros de hormigón, cada cuatro metros. Me dijeron que había tres guaridas individuales para cada habitante de Hanoi, además de los refugios colectivos, del tipo bunker. Y se están construyendo más.

Una tarde, mientras paseaba por las inmediaciones del bello lago de la Espada Restituida, en el centro de la ciudad, me sorprendió una alarma antiaérea. Entonces vi cómo la gente, tranquilamente, se colocaba junto a los refugios individuales excavados en las aceras y permanecían allí escudriñando el cielo. Me dieron la impresión de no tener miedo, de no estar siquiera preocupados, aunque una semana antes de mi llegada a Hanoi los bombarderos norteamericanos se habían aproximado tanto a Hanoi que habían destruido el puente de Long Bien (Paul Doumer), de dos kilómetros de longitud, que atraviesa el Río Rojo.

En el viejo hotel «Metropole», en el que me hospedaba, las recepcionistas y las camareras se quitaron los delantales y echaron mano a sus rifles en cuanto oyeron la alarma. Cada una tenía destinado un puesto entre los árboles del parque y en nidios de ametralladoras camuflados e instalados en el Jardín de la terraza del hotel. Todos los edificios altos de la ciudad tienen en sus tejados algún tipo de fortificación, generalmente construido a base de ladrillos y destinados no a soldados regulares del Ejército norvietnamita, sino a guerrilleros cuya única ambición es derribar aviones norteamericanos con sus rifles y ametralladoras de fabricación china.

El gobierno del Vietnam del Norte se preocupa de equipar con un rifle a todo ciudadano, ya sea hombre o mujer, que pueda y sepa manejarlo. Cierta diplomática destinado en Hanoi me dijo que, en su opinión, esto daba prueba del apoyo popular con que cuenta el régimen. «Si el gobierno no contase con este apoyo popular —me dijo—, no distribuiría las armas de ese modo, ya que esas mismas armas podrían volverse contra él». Todos los norvietnamitas se sienten identificados con su gobierno, y esto es lo que sostiene al país. Hay pocas ocasiones de relajación. Sin embargo, paseando un domingo por uno de los parques de la capital, vi a muchas parejas jóvenes sentadas en los bancos haciendo lo que todos los enamorados del mundo hacen por la noche en los parques. Sin embargo, el régimen prohíbe los casamientos entre menores de veinte años, ya que ese tipo de alianzas obstaculizaría el esfuerzo bélico del país.

En los restaurantes de la capital se encuentran



Los bombardeos norteamericanos están reduciendo a escombros muchas ciudades del Norte. Hanoi se encuentra casi completamente destruida. He aquí una de sus calles. Entre los cascotes, los grupos de socorro buscan los cadáveres o los posibles supervivientes.

Refugios cavados en una calle de Hanoi. Los norvietnamitas dicen que llevan cavados en Hanoi tres refugios individuales por habitante y que piensan construir aún más.





Las bicicletas abundan en todo el Vietnam. Unas veces, son elementos para el transporte civil, como en el Norte; otras, se convierten en medios militares, como sucede en el Sur, donde los guerrilleros las utilizan en la jungla.

Los máximos héroes del Norte son los encargados de manejar los cañones anti-aéreos, que forman una especie de cinturón de seguridad en torno a las ciudades. Los propagandistas hablan de uno de estos héroes que, moribundo, pidió a sus compañeros que le levantasen en sus brazos para poder así morir «mirando al enemigo que atacaba desde el cielo». Los restos de los aviones americanos derribados son exhibidos en los parques y en el Museo Militar de Hanoi. Hay incluso artesanos que aprovechan trozos de estos aviones derribados para confeccionar «souvenirs», que luego se regalan a los invitados extranjeros.

A Doronila le regalaron, por ejemplo, un pequeño anillo y un jarrón para flores, ambos fabricados con metal procedente de un avión norteamericano. En los periódicos, en las fábricas y hasta en las calles, por medio de carteles, se informa diariamente del total de aviones americanos derribados desde el comienzo de la guerra. Cuando Doronila salió de Hanoi, a últimos de septiembre pasado, eran ya 2.300 los aviones derribados, según el Gobierno norvietnamita.



fácilmente pasteles vietnamitas, limonada y cerveza, embotellada por las carcerías estatales, y café negro que los norvietnamitas toman con hielo, sorbiéndolo lentamente, como si se tratara de algún vino espeso y oscuro.

Los habitantes de Hanoi utilizan generalmente bicicletas para sus desplazamientos. Muchas de estas bicicletas son de fabricación china; las fábricas norvietnamitas no dan abasto por más que se esfuerzan. Los más exigentes prefieren bicicletas importadas de Francia y de la Alemania Oriental.

Hanoi es una ciudad poco iluminada si se compara con otras ciudades asiáticas, pero únicamente durante las alarmas nocturnas se sume Hanoi en la más completa oscuridad. Muchas veces ocurre que la luz de toda la ciudad pierda súbitamente parte de su intensidad, pero no llega a producirse un apagón. El gobierno controla el abastecimiento de los artículos de primera necesidad tan eficazmente que la estabilidad de los precios es absoluta.

Varios diplomáticos me aseguraron que apenas si hay mercado negro en el Vietnam del Norte gracias a la eficacia en la distribución de los diferentes artículos del mercado. A los granjeros se les permite, sin embargo, cobrar precios más altos que los marcados en las listas de racionamiento, quizá para fomentar la producción en su totalidad, aunque más del 90 por 100 del total de la distribución está controlada por el estado. El sistema de racionamiento está aplicado tan a rajatabla, que los mismos diplomáticos han de solicitar la autorización del gobierno si necesitan una cantidad extra de alimentos para cualquier fiesta que quieran dar. Por otra parte, si alguien quiere invitar a comer en el hotel en que se hospeda a más de dos personas, ha de hacer la reserva con dos días de anticipación.

Los norvietnamitas suelen llevar uniformes —de color caqui o de verde oliva— y las mujeres sus típicos pijamas negros y, generalmente, una blusa color chocolate. Es raro ver a una mujer vistiendo el gracioso «ao dai». En el museo de Hanoi se exhibe una blusa que una campesina vietnamita llevó durante nada menos que veintidós años. Los hombres calzan, generalmente, sandalias tipo Ho Chi Minh, hechas de tiras de goma. Los días de fiesta, los funcionarios del gobierno calzan sandalias de cuero.

Pero los norvietnamitas no tienen, por regla general, el aspecto de gentes mal alimentadas. Es verdad que es raro ver a hombres barrigudos; pero también lo es que no se encuentran vietnamitas de aspecto famélico. Las mujeres, especialmente las jóvenes, son esbeltas de cuerpo y rellenitas de cara. Y los adolescentes que trabajan en brigadas reparando puentes y carreteras, parecen rebosantes de vitalidad, como los de cualquier otro país del mundo.

Las carreteras que salen de Hanoi y Haifong muestran marcas de los bombardeos norteamericanos. La carretera nacional número 1, que une la provincia más septentrional con el delta del Mekong, al Sur, ha sido bombardeada y reparada una y otra vez.

Ultimamente, los bombarderos americanos han penetrado hasta la provincia de Long Son, cerca de la frontera con China. Las seis ciudades más importantes del Vietnam del Norte, incluidas Hanoi y Haifong, han sido atacadas, y cuatro de ellas destruidas casi en su totalidad. Hanoi asegura que han sufrido igualmente bombardeos veinte de sus ciudades provinciales (el Vietnam del Norte tiene treinta provincias) y cincuenta y nueve capitales de distrito; y que mil quinientos sistemas de embalses, noventa y ocho establecimientos sanitarios, ciento cuarenta y nueve iglesias y ochenta y tres pagodas, y trescientas noventa y una escuelas de todo tipo han sido destruidas.

Yo mismo vi algunas de estas ciudades destruidas por los bombardeos. En Phily, ciudad situada a 56 kilómetros al sur de Hanoi, no quedan más que ruinas. Lo mismo ocurre con Phatdiem, situada en la región del delta del Río Rojo, fortaleza del catolicismo en el Vietnam del Norte. Ninh Binh, a 100 kilómetros al sur de Hanoi, ha sido totalmente destruida. De Nam Dinh, ciudad situada igualmente en el delta del Río Rojo, queda menos de la mitad. Todas sus industrias —incluido un gran complejo textil que valió a Nam Dinh el título de la «Manchester de la Indochina» durante la dominación francesa— han sido reducidas a la nada. Lo que fue en su tiempo la tercera ciudad norvietnamita en importancia, no es ahora más que un montón de cascotes y chatarra.

Pero lo que más irrita a los norvietnamitas es que su país se haya convertido involuntariamente en campo experimental para las nuevas armas inventadas por el hombre, como lo que ocurrió con España antes de la segunda guerra mundial. Mien-

tras los norteamericanos están probando allí la eficacia de sus fuerzas aéreas y de su nuevo armamento, los soviéticos están experimentando con sus misiles antiaéreos y sus Migs. Los chinos, por su parte, quieren averiguar en este extraño conflicto la razón o la sinrazón —toda una teoría bélica— de las «guerras de liberación nacional».

Los norvietnamitas están especialmente indignados con la utilización por parte de los norteamericanos del napalm, las bombas de «guava» y los herbicidas. He visto numerosas fotografías de cuerpos humanos quemados por el napalm, destrozados o acribillados por las bombas de «guava». En todas las ciudades y pueblos fui conducido a los hospitales, donde pude ver a centenares y centenares de vietnamitas en las mismas condiciones que los que había visto antes en las fotografías. Al final, no podía ver ya más.

Vi también muestras de plátanos y de papayas víctimas de los herbicidas norteamericanos. En el museo militar de Hanoi —visita obligada para todo el que llega al Vietnam del Norte— vi exhibidas diversas clases de armamento norteamericano utilizado contra los norvietnamitas. No cabe duda alguna de que los del Norte explotan hasta el límite la guerra aérea de los americanos, pintándose a sí mismos como heroicas víctimas de una cruel agresión. Pero he de aclarar que quienes ordenan los bombardeos del Vietnam del Norte lo único que están consiguiendo, en realidad, es ofrecer a los norvietnamitas un eficaz pretexto. Porque, por lo que he visto, los bombardeos del Norte no han conseguido, ni mucho menos, el objetivo perseguido, es decir, la paralización del sistema de transporte ferroviario norvietnamita, con lo que se pretendía evitar la infiltración de los norvietnamitas al Sur del paralelo 17.

Es verdad que los bombardeos han ocasionado retrasos en el sistema de transportes. Nosotros mismos hemos tenido que hacer varias veces paradas nocturnas de casi una hora delante de puentes y pontones en el delta del Río Rojo. Los norvietnamitas han diseñado una especie de linterna de poca intensidad luminosa, que colocan debajo de los parachoques de los camiones. A pesar de esto, muchos conductores se despiertan en la oscuridad debido a la gran cantidad de atajos provisionales construidos de la noche a la mañana. Una mañana de lluvia que regresábamos a Hanoi en nuestro jeep ruso, procedentes de las provincias del Sur, al salir de un auténtico laberinto de ca-



Pham Van Dong pronuncia un discurso en la conmemoración del Día Nacional. «Nunca nos rendiremos a la amenaza de las bombas», grita entre los aplausos de la élite allí reunida.

rreretas nos encontramos sobre un dique ancho y resbaladizo que se nos había figurado una carretera de doble pista.

Los norvietnamitas se preocupan de la reparación de los diques tanto o más que de las carreteras y líneas ferroviarias. Todas las familias que viven en el delta del Río Rojo han recibido el encargo de almacenar bloques de tierra dura para con ellos poner parches a los posibles agujeros que los bombardeos ocasionan en los diques. Una de las mayores preocupaciones (y motivo de pundonor del gobierno de Hanoi) es la de mantener en constante funcionamiento la red de ferrocarriles. Tan pronto como los americanos bombardean una línea de ferrocarril, los norvietnamitas destacan los hombres necesarios para poder reparar los destrozos en el más corto plazo posible. A lo largo de las vías de ferrocarriles hay instaladas ametralladoras. En las vías laterales se han apilado rocas, grava, placas de asiento de carriles, ruedas, etcétera. Un funcionario gubernamental me dijo en cierta ocasión: «Al mantener nuestros ferrocarriles en continuo funcionamiento, damos a entender a los norteamericanos que no llegarán nunca a agotarnos».

Los puentes bombardeados por los americanos son sustituidos por barcazas o por otros puentes provisionales. Muchas veces se utilizan grandes balsas de bambú para el transporte de orilla a orilla de los camiones cargados de municiones o alimentos. Durante el día, las barcazas son camufladas cuidadosamente, como también son camuflados los camiones y todo el armamento utilizado por el Norte.

Es precisamente la gran pobreza del Vietnam del Norte la que está haciendo fracasar los propósitos de los americanos al bombardear el país. Los americanos envían sus bombarderos, que cuestan millones de dólares, sobre objetivos de un valor mínimo. «Si fuéramos un país americano, no sé ya donde estaríamos a estas horas», me dijo un veterano funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores. «Somos un pequeño musgajo que lucha contra un dinosaurio. Nosotros sobreviviremos y no el dinosaurio».

El terreno y la estrategia guerrillera norvietnamitas demuestran las limitaciones del poderío aéreo convencional. El Ejército norvietnamita no mantiene concentración alguna de tropas o armamento. En mi visita al país no vi ni cuarteles ni depósitos de municiones; el Ejército está disperso, pez guerrillero en un mar de campesinos. Hay pocas ciudades y centros urbanos. Los edificios son bajos y mal contruidos, de ladrillos y mortero. La industria vietnamita no ha madurado lo suficiente como para crear complejos industriales al estilo occidental. Por eso la industria ha podido ocultarse tan fácilmente como las Fuerzas Armadas. Las fábricas, que reciben la energía necesaria para su funcionamiento de pequeños generadores «made in East Germany» o por medio de pedales de bicicleta, producen todo lo necesario para que el Vietnam del Norte siga resistiendo heroicamente al enemigo. Ciertos diplomáticos me aseguraron que las industrias que no han podido ser dispersadas han sido trasladadas a diversas guardas en las montañas del Norte del país. El poderío aéreo norteamericano —al no poder asestar un golpe mortal— sólo ha conseguido unir todavía más al pueblo y al gobierno norvietnamitas.

Para el norvietnamita medio, la guerra significa los bombardeos. Un pueblo que, como el norvietnamita, es víctima de repetidos bombardeos, sólo puede pensar en el hecho de que está sufriendo una agresión de la que es autora una potencia extranjera. El régimen de Hanoi ha fundido claramente sus objetivos ideológicos y políticos con la idea de una «salvación», de una supervivencia nacional. «No podemos negociar bajo la amenaza de las bombas», declaró el primer ministro Pham Van Dong en un violento discurso pronunciado en la conmemoración del Día Nacional. Estoy seguro de que todos los norvietnamitas opinaban como él.

Todos los días, en los periódicos, en las fábricas y, mediante carteles, también en las calles, se anuncia el total de aviones norteamericanos derribados hasta la fecha en el Vietnam del Norte. Al mismo tiempo se divulgan ampliamente por el país las hazañas de los guerreros que derriban aviones enemigos. El ídolo actual es Nguyen Van Troi, el joven de Salgón que trató de asesinar al Secretario de Defensa norteamericano McNamara. Hasta se han grabado discos con canciones a él dedicadas. Y en muchas de las escuelas primarias hay retratos del héroe idealizado.

El gobierno de Hanoi está orgulloso de haber llevado a cabo sus programas educativos a pesar de la guerra. Durante mi estancia en Salgón, a primeros de septiembre, se inauguró una nueva escuela. Me dijeron que la población escolar había alcanzado este año los 5,6 millones de alum-

VIETNAM DEL NORTE

De izquierda a derecha: Vo Nguyen Giap, ministro de Defensa de Vietnam del Norte. Pham Van Dong, primer ministro y antiguo camarada de Ho Chi Minh; Le Duan, secretario del partido; Ho Chi Minh, a sus setenta y siete años, es el líder indiscutido de Vietnam y ocupa el cargo de Presidente de la República; Ton Duc Thang, vicepresidente y amigo íntimo de Ho; Trung Chih, presidente del comité permanente de la Asamblea Nacional, es, seguramente, el más destacado prochino de todas las figuras presentes en esta foto. El general Giap, por ejemplo, se ha mostrado siempre partidario de la línea de Moscú.



nos —casi un tercio de la población total, que es de 17 millones—. Las escuelas primarias y secundarias están dispersas por los pueblos norvietnamitas. Las universidades han sido trasladadas al Norte montañoso, cerca de la frontera china. En mi viaje de Phnom Penh a Hanoi me encontré con cuatro estudiantes japoneses que iban a estudiar vietnamita a una universidad evacuada.

También vi guarderías infantiles en las granjas comunales de la provincia de Hal Duong. En cada una de estas escuelas había matriculados un total de 60 alumnos de edades que oscilaban entre los tres y los cuatro años. Las jóvenes maestras al frente de estas escuelas no sólo eran instructoras, sino que tenían que hacer también de «baby-sitters» y de nodrizas. Las escuelas, formadas por una sola habitación, estaban rodeadas de trincheras que comunicaban con los refugios. Además, los clientes de las mismas estaban a un nivel de cuatro pies por debajo de los arrozales vecinos. Los niños utilizaban estiletes de bambú para escribir sobre hojas de plástico.

Preocupada ante todo por su propia supervivencia, Hanoi sigue inteligentemente un camino medio entre sus dos aliados principales —la Unión Soviética y la China Comunista—. El gobierno de Ho no quiere dar la impresión de estar a favor de uno u otro. Esto le sirve, al mismo tiempo, para mantenerse independiente frente a los dos.

Los funcionarios del gobierno norvietnamita se niegan a hacer cualquier tipo de comentarios sobre las relaciones de Hanoi con sus dos aliados o sobre la disputa chino-soviética, arguyendo que los dos países son amigos suyos.

Con ocasión de la celebración del día de la Independencia del Vietnam del Norte, por ejemplo, los periódicos y agencias de noticias —todos controlados por el gobierno— dedicaron exactamente el mismo espacio a la reproducción de los saludos que enviaron sus dos «fraternalmente» aliados. Y no sólo eso; los periódicos norvietnamitas eliminaron del mensaje chino unas cuantas referencias insultantes para los soviéticos, a quienes Pekín acusaba de estar conspirando con los americanos en contra de los norvietnamitas.

En las recepciones diplomáticas a que asistí, los funcionarios del gobierno de Hanoi parecían prestar igual atención a los rusos que a los chinos, cada uno de los cuales ocupaba un extremo del salón. Y esta política neutralista está siendo de mucho provecho para Hanoi... En efecto, la ayuda que recibe Vietnam del Norte procedente de estos dos países no hace más que aumentar, a pesar de la reciente intensificación de la disputa chino-soviética. He sabido, por ejemplo, que Pekín envió a Hanoi, como regalo, 800.000 toneladas de arroz a principios de este año, para cubrir parte de las necesidades producidas por la mala cosecha registrada en el Vietnam. Según el gobierno de Hanoi, fueron las condiciones meteorológicas adversas las que motivaron esta mala cosecha.

Los diplomáticos y periodistas destacados en

Hanoi creen que Pekín y Moscú han llegado a un «acuerdo de caballeros» con el fin de facilitar el paso a través de China de las mercancías soviéticas destinadas al Vietnam del Norte —este acuerdo se produjo, al parecer, después de que una delegación de alto nivel norvietnamita visitase ambas capitales—. Gracias al convenio citado, los enlaces norvietnamitas reciben las mercancías de mano de los rusos en la misma frontera chino-soviética.

La presencia de estos funcionarios norvietnamitas no sólo ha servido para silenciar las acusaciones rusas en el sentido de que los chinos se encargan de obstaculizar el material de guerra ruso destinado al Vietnam, al mismo tiempo, ha aliviado el embotellamiento producido en el traslado de las mercancías del ferrocarril soviético, de vía ancha, al chino, de vía estrecha, puesto que los enlaces norvietnamitas pueden decidir ahora qué mercancías deben tener prioridad sobre las demás.

Durante mi estancia en el Vietnam del Norte apenas si oí comentarios referentes a la Revolución Cultural China. Sin embargo, Hanoi considera un lujo, por parte de los chinos, el que se dediquen a hacer recriminaciones ideológicas. Algunos de los diplomáticos destinados en Hanoi me aseguraron que los norvietnamitas no ven con buenos ojos la glorificación de Mao —por más que en el Vietnam del Norte existe con Ho Chi Minh un benigno culto de la personalidad—.

No he visto en el Vietnam del Norte ni un solo retrato de Mao Tse Tung. Un diplomático me contó que había visto en cierta ocasión un retrato de Mao en gran tamaño en una importante librería de Hanoi, pero que cuando volvió a la misma librería, unos días después, en lugar de aquel retrato habían colocado otro mucho más pequeño. En el despacho del alcalde de Hanoi hay un busto de Lenin de tamaño natural. Por otra parte, en la mayoría de las fábricas y granjas comunales hay colgados retratos de Marx, Engels y Lenin —siempre al lado de retratos de Ho— y, muy rara vez, de Stalin; pero nunca de Mao u otros dirigentes comunistas chinos. El papel de Ho Chi Minh dentro de la jerarquía vietnamita es el de símbolo y mediador de las diferentes facciones. Truong Chinh, presidente de la asamblea, y Nguyen Duy Trinh, ministro de Asuntos Exteriores, son considerados generalmente como los «halcones» prochinos de Hanoi, mientras que Le Duan, primer secretario del partido, y el general Vo Nguyen Giap, ministro de Defensa y héroe de Dien Bien Phu, están considerados como las «palomas» prosoviéticas. El primer ministro, Pham Van Dong, está en la vía media.

Pero todos los diplomáticos con quienes conversé están de acuerdo en afirmar que, al igual que ocurre con la Iglesia Católica, el partido de Hanoi está unido por un consenso mucho más fuerte que cualquier diferencia de grupos. Todos están, por ejemplo, de acuerdo en que los americanos han de cesar «incondicionalmente» en sus bombardeos antes de que pueda darse comienzo a las negocia-

ciones. Sé además, de fuente fidedigna, que incluso los rusos han dejado de pedir a los norvietnamitas una mayor flexibilidad en este sentido, especialmente después de los recientes bombardeos de Hanoi y Hainfong.

Siempre que tuve ocasión para ello pregunté a los funcionarios norvietnamitas quién sucedería probablemente al presidente Ho, que, después de todo, tiene ya setenta y siete años y no goza de buena salud. Todos los interrogados se refirieron al protocolo por el que se rige la jerarquía norvietnamita. La línea de mando es como sigue: en primer lugar, el presidente Ho, a continuación y sucesivamente, el vicepresidente Ton Duc Thang, Le Duan Truong Chinh, Phan Van Dong y, por último, el general Giap. Según algunos diplomáticos, es muy probable que a Ho le suceda un comité de tipo soviético compuesto por dos o tres miembros. Después es también muy probable que se produzca una lucha por el poder entre el ambicioso Truong Chinh y el relativamente joven Le Duan.

Objetivo común de todas las facciones es la «victoria». Pero por victoria los norvietnamitas no entienden la completa aniquilación de las fuerzas norteamericanas. Por victoria, los norvietnamitas entienden cansar a los dirigentes americanos —y a la opinión americana— de tal forma que éstos terminen decidiéndose por abandonar una guerra como ésta que, además de sangrarlos, no produce ningún resultado positivo. En este sentido, Hanoi sí confía en una victoria; para los norvietnamitas, la guerra es una prueba de tesón y paciencia, una prueba de voluntad nacional —una prueba de la que están seguros más tarde o más temprano salir triunfantes—.

En el Museo de la Revolución, de Hanoi, me pasaron una película de la épica batalla de Dien Bien Phu tomada desde las trincheras del Vietminh. Sentado en mi butaca veía sobre la pantalla moverse a aquellos hombres como si se tratase de hormigas que se preparaban para atacar a un lagarto atrapado en el bosque; veía filas serpenteantes de bicicletas, de «coolies» descalzos, de campesinos transportando armas y alimentos suspendidos de sus típicas varas de bambú —y me preguntaba cómo era posible en un pueblo tanto espíritu de sacrificio—.

Dien Bien Phu sigue siendo, en el Vietnam, una palabra mágica. Es el nombre que llevan los cigarrillos que más se venden en Hanoi y el que se ha dado a uno de los principales bulevares de la capital. Calculándolo fríamente, sería fácil restar importancia a esta fortuita batalla librada en un valle desconocido del Vietnam del Norte hace ya trece años. Pero otra cosa era estar sentado allí como yo estaba, rodeado de las reliquias de siglos de guerras vietnamitas —primero contra los chinos, luego contra los khmers, los franceses, los americanos—. Aquella misma noche tomé un avión de la Comisión Internacional de Control. Abajo yacía la ciudad de Hanoi, el país (figuróseme el mundo entero) hundido en las tinieblas.